



Nº 28497

La elección

Nunca podré olvidar aquel día. Fue un día en el que mi vida podría haber cambiado completamente por una simple decisión. Había sacado un nueve y medio en un difícil examen de física, lo que significaba que tenía la mejor nota de la clase. Eché a correr en cuanto salí del colegio para llegar a casa lo antes posible. Abrí la puerta de la portería y corrí escaleras arriba sin esperar al ascensor, en mi opinión demasiado lento. En el tercer piso, una gota de sudor se creó en mi nuca y se deslizó hacia mi espalda, lenta, pero constante. Seguí subiendo y, en cuanto llegué a la puerta de casa, saqué las llaves de la cartera y abrí la puerta de entrada. Tiré la mochila al suelo del recibidor –donde se quedaría bastante tiempo- y les grité a mis padres la buena nueva, agitando el examen sobre mi cabeza. Pero fue como si nadie estuviese en casa.

Me dirigí al salón, donde estaba mi padre. Se hallaba tumbado en el sofá, mirando en la televisión una película en la que salía un hombre ataviado con una **gabardina**. Recuerdo que no me hizo ningún caso hasta que puse el examen delante de las narices, cansado ya de que me ignorara, y su reacción no fue del todo positiva que digamos. Me arrancó bruscamente el examen de las manos y lo lanzó al suelo para que le dejara en paz. Herido por su reacción, decidí ir a ver a mi madre, que estaba cocinando algo en la cocina que tenía un olor exquisito. Esbocé una sonrisa, desterrando de mi mente el enfado de mi padre, y me planté en medio de la habitación.

Mi madre me saludó, pero, aparte de eso, no me dijo nada más ni se interesó por mí. Sin embargo, yo permanecí allí de pie con el examen en la mano, dejando ver claramente la nota. Pasó un minuto y yo seguía ahí, y me hubiese quedado otro minuto más de no ser por que el teléfono empezó a sonar y mi madre me dijo: “aparta, que tengo que responder”. No lo dijo con mal tono, sino



que lo dijo de una forma monótona e indiferente que me hizo sentir como un estorbo, un objeto, parte del mobiliario de la casa. Frustrado, fui a mi habitación, cerrando la puerta de un portazo tras de mí. Ya hacía unos años que mis padres se comportaban así. No se preocupaban por nada más que por el trabajo o el dinero (relacionado con el trabajo). Pero a mí, ni caso. No era más que un estorbo, un objeto que era mejor apartar de la vista. Recordé a mi hermano, el cual se había largado de casa en cuanto tuvo la ocasión y raramente venía a visitarnos. Pensé en los últimos años de mi vida y vi que no eran más que una angustiada y estresante rutina. Un camino circular que no hacía más que girar más y más rápido cada vez, estresando así a los que lo siguen. Por la mañana, madrugar para ir al colegio para llegar a ser alguien en el futuro. Por la tarde, hacer los deberes para el día siguiente. Los fines de semana no hacía otra cosa que quedarme en casa o salir para hacer los recados que mi madre me mandaba. Y luego estaban las vacaciones. ¡Oh, sí, las vacaciones!

En verano, no eran más que noventa días en un apartamento con piscina al lado de la playa, en los cuales mis padres vivían sus vacaciones y a mí me dejaban hacer lo que quisiera, sin importarles lo más mínimo. Escuché la televisión en la sala de estar y el ruido de una **máquina** en funcionamiento en la cocina, probablemente el lavavajillas, acompañado por la conversación por teléfono de mi madre. Y después escuché el silencio de mi habitación. Allí estaba yo, solo, en la lúgubre habitación conmigo mismo como única compañía.

Pensé de nuevo en el angosto y estrecho camino circular y me di cuenta de que no era el único sendero que podía tomar. Existía otro, uno que era recto y corto. Poca gente lo seguía a no ser que pensase que no tenía más opciones. Decidí desviarme de una vez por todas del camino de la Indiferencia, la Frustración, las Penas y el ser Ignorado para caminar sobre la ruta de la Muerte. Después de todo, entre estos dos, ¿no era mejor este último? De este



modo, uno dejaba atrás todos sus problemas. Adiós. Fin. Miré la ventana situada a mi derecha. Me hallaba en un séptimo piso, pero fui capaz de distinguir a dos **gatos** peleándose por unos restos de comida. No quise pensármelo dos veces.

Lentamente, salí hacia fuera hasta quedar sentado en el marco con las piernas colgando por fuera. Una pareja de novios pasó andando por la calle, en dirección a donde estaban los gatos. No parecieron verme. Caminaron felizmente hasta el lugar de la pelea y espantaron a los gatos que corrieron en direcciones contrarias. Vi a la pareja cogida de la mano y pensé en todo lo que iba a abandonar. Respiré hondo, flexioné los brazos y me dispuse a dejarme caer. Pero no lo hice.

Una voz interior (tal vez el miedo), me dijo que era mejor no hacerlo, que tal vez hubiese esperanza. Era posible que mi desesperante rutina cambiase algún día... ¿Era posible? Con cuidado, volví a la seguridad de mi cuarto. Mi padre me llamó diciendo que íbamos a ir a cenar a un **restaurante**. Esforzándome por encontrar una pizca de **alegría** dentro de mí, fui corriendo hasta el recibidor y esperé a mis padres. Hasta ahora, nunca le había dicho a nadie lo ocurrido aquel día en mi habitación. Pero creo que hay gente que necesita saber que mi elección fue la correcta, y por eso quiero compartir mi **secreto**. Ya han pasado veinte años desde que intenté quitarme la vida. Ahora soy el mejor científico de Europa y el tercero mejor del mundo. Estoy casado con una mujer preciosa de cabello cobrizo y tengo muy buena relación con mis amigos. Pero lo más importante, es que he conseguido hacer que mis padres entren en razón y piensen que lo más importante no es el trabajo ni el dinero, sino la familia. Por eso siempre digo: lo último que debe perderse es la esperanza. Y es cierto.

Sin duda.